

Una sociología del progreso y las luces en la modernidad*

JOSÉ M. CASCO**

Pinta tu aldea y pintaras el mundo. Esta frase popular podría resumir el espíritu y el logro que supone la investigación que Lewis Coser lleva adelante en *Hombre de ideas*. El punto de vista de un sociólogo. En efecto, en una investigación de largo aliento el autor logra comprimir trescientos años de historia de la cultura occidental en algo más de trescientas cincuenta páginas. Concentrando su atención en el mundo de los intelectuales.

* A propósito de *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, de Lewis Coser. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 1968.

** UBA/UNLAM.

Coser nació en Berlín en 1913 y vivió en Europa hasta 1941, primero en Alemania hasta 1933 y luego en Francia. Pertenecía a una familia de judíos acaudalados y en su primer éxodo pronto que se convirtió en un marginal y ese quedar en los márgenes casi sin quererlo habría de marcarlo en toda su trayectoria posterior. Se convirtió en marginal no solo porque en sus primeros años de estancia en París no pudo acercarse al mundo académico y deambuló por los márgenes en actividades privadas, sino también porque cuando sí lo hizo, se sintió incomodo con el establishment durkheimiano que dominaba la academia parisina y busco refugiarse en círculos y lecturas que lo acercaban a Karl Marx. Su ida a los Estados Unidos a mediados de 1941 le iba a deparar destinos similares. Luego de conectarse con círculos académicos bien establecidos y tener una breve estadía como profesor en Chicago se instaló en Columbia alrededor de la *cream* de las ciencias sociales que dominaba la academia norteamericana. Bajo la guía de Robert Merton y rodeado de lo mas influyente del estructural funcionalismo escribirá su disertación doctoral criticando a esa perspectiva y bajo la influencia de Georg Simmel. Las funciones del conflicto social, tal el nombre de su disertación tuvo una buena acogida a mediados de los años cincuenta cuando salió por primera vez en forma de libro, pero Coser tuvo que esperar casi una década para que, en medio de las protestas por los derechos

civiles, el movimiento estudiantil y el activismo de las minorías, su trabajo pudiera ser leído como una guía desde la sociología que interpretara la convulsionada sociedad norteamericana. Pero no solo Marx y Simmel aparecían como notas salientes en los escritos de este europeo recostado sobre lo marginal. En tiempo en que el macarthismo hacia estragos también en la universidad norteamericana, Coser se daba a la tarea de difundir sus ideas inscriptas en el socialismo democrático fundando la revista Dissent. Así, Coser se revelaba, una vez mas, como un outsider del establishment académico y cultural. No solo se nutria de autores que no entraban en el canon norteamericano de la época sino que también actuaba en el campo cultural mas amplio a la manera de los académicos europeos. Era un verdadero hombre de ideas. Un intelectual que remitía a la gran tradición del siglo XIX en la que los hombres que fundaron la teoría social estaban fuertemente preocupados por intervenir en la vida publica. Y es precisamente eso lo que este autor muestra en el libro que comentamos. Cómo los intelectuales y cómo un puñado de instituciones tanto de Europa como de Estados Unidos jalonaron el camino hacia la construcción de las ideas modernas que construyeron nuestras imágenes del mundo. Los sujetos en los que se concentra la investigación tienen una característica especial, porque mientras la mayor parte de los hombres tienden a buscar respuestas concretas a problemas concretos, los intelectuales, dice Coser, sienten la necesidad de ir más allá y de penetrar en un reino más general de significados y valores. Estos son los herederos de los viejos profetas de la antigüedad y forman el conglomerado de aquellos que muestran una gran sensibilidad para lo sagrado y una reflexividad poco común acerca de la naturaleza de su universo y las reglas que gobiernan a su sociedad. Son los hombres que tratan de dar normas morales y de mantener símbolos generales significativos, los que producen, guían y forman las disposiciones expresas dentro de una sociedad en momentos en que las ideas de progreso y felicidad todavía tienen un influjo fuerte en el mundo occidental.

El libro intenta mostrar por un lado, las preocupaciones y orientaciones típicas de los hombres de ideas, por el otro, destacar que el mundo moderno ha construido condiciones institucionales para que emergiera un grupo de intelectuales conscientes. Contexto favorable que recién surgió en el siglo XVII haciendo posible el nacimiento de un ethos particular y un sentido de la vocación. Debido a la apertura en los conflictos de ideas y la posibilidad de la libertad de pensamiento. Cuando, al mismo tiempo, declino el mecenazgo y surgió un públi-

co más extenso en los siglos XVII y XVIII. Así, el libro se concentra en ciertas condiciones sociales de un modo general y los escenarios institucionales que han favorecido el nacimiento y desarrollo de los grupos intelectuales. La importancia de los escenarios radica en que solo cuando se hacen presentes las condiciones favorables se puede desempeñar el papel intelectual. Así, Coser sostiene que para que exista una vocación y ésta se pueda desarrollar, hacen falta dos condiciones, por un lado, tener un público al que el intelectual se pueda dirigir y que este pueda otorgarle reconocimiento, por el otro, un contacto regular con sus iguales. A contrapelo del mito del creador solitario, Coser sostiene que los intelectuales necesitan poner a prueba sus ideas con sus iguales. Estas necesidades comenzaron a satisfacerse en los siglos XVII y XVIII con el crecimiento de las instituciones que hicieron posible el desarrollo del papel intelectual.

Organizado en tres grandes apartados, la investigación se concentra en varias instituciones culturales que el autor considera emblemas de la apertura hacia la discusión de las ideas modernas. El salón rococó en Francia y la Royal Society en Inglaterra muestran el nacimiento de la primera etapa de la modernidad con sus balbuceos y el pasaje hacia la segunda cuando la burguesía desplaza a la aristocracia como centro de la escena cultural. La profesión de las letras, muestra el ascenso de la burguesía y la incipiente sociedad de masas. Creadores de normas, árbitros de gusto, los escritores devenidos en profesionales marcan el ritmo del ascenso de las clases medias y la consolidación del mundo cultural como un espacio atravesado por la lógica de la mercancía. Coser retrata magníficamente las posibilidades y los obstáculos que el mundo de las letras les presenta a los escritores. Allí se ve como estos se libran del yugo del mecenazgo pero ahora deben convivir con un sinfín de mediadores que son la causa y consecuencia de incipiente y poderoso mercado. El caso de cuatro escritores ingleses del siglo XIX ilustran las modalidades del arte de escribir. Las revistas británicas entendidas como una extensión de la profesión de escritor y el nacimiento del periodismo profesional también en Inglaterra y a fines del siglo XIX, junto a la pequeña revista en la factura que hace la bohemia literaria cierran el estudio sobre este género. Sobre el final del apartado, la censura es descrita como una institución clave para los obstáculos de la vocación intelectual pero eso mismo permite ver como ésta crea una consecuencia no deseada de la acción, haciendo posible que un público ávido de conocer lo secreto se lance a la búsqueda de aquellos objetos culturales que están prohibidos.

En la segunda parte, el libro se ocupa de las relaciones entre los intelectuales y la política. Desfilan allí algunas orientaciones típicas, los que asumieron el poder dejando de lado la producción y formación de ideas para hacerse con el estado. Los jacobinos y los bolcheviques sirven como ilustraciones de esa modalidad. Los consejeros del príncipe, están representados en los fabianos y los que llegaron a Washington en los años treinta para formar las coordenadas del New Deal. Los ideólogos del poder se expresan en los revisionistas que siguieron a Gomulka. Luego los críticos del poder son retratados en las figuras que lucharon en los EE UU por el abolicionismo esclavista y los defensores del coronel Dreyfus.

En la última parte del libro el autor se ocupa del panorama norteamericano hasta los años sesenta. Allí en el marco de una sociedad de masas que tiende a la concentración y la burocratización, Coser se las arregla para mostrar los modos en que los hombres de ideas pueden desempeñar su papel con cierta libertad. Aparece allí el declive del intelectual independiente y el ascenso del desempeño de los hombres cultos en organizaciones complejas. Los intelectuales académicos y los intelectuales científicos junto a los que trabajan en Washington son los ejemplos de ésta modalidad. En la última parte, las fundaciones como guardianes de la vida intelectual, se nos presenta como un capítulo de sorprendente actualidad. Las vicisitudes de los intelectuales que se dedican a la investigación con su saga de apremios y obstáculos para la libre elección de ideas, es un tópico particularmente actual entre nosotros. En el epílogo Coser traza el panorama del mundo cultural norteamericano mostrando cómo fuerzas contradictorias que tienden a la fragmentación y a la absorción de la vida cultural forman un cuadro de situación altamente complejo, mostrando una vez más, un punto de vista sagaz demostrando ser un observador notable. Hemos dicho al comienzo de esta reseña que Coser deambulo por los márgenes convirtiéndose en un analista atípico del mundo social. Hombres de ideas muestra eso, un producto poco común escrito con una gran pluma que tuerce el estilo clásico del analista social norteamericano, convirtiéndolo a su investigación en, quizás, la mejor historia sobre intelectuales que se haya escrito.